

Escribir con gracia la desgracia

ENTREVISTA A MÓNICA ALMEIDA Y ANA KARINA LÓPEZ

POR GABRIELA VERDEZOTO LANDÍVAR

Dos periodistas investigadoras, Mónica Almeida y Ana Karina López, publicaron recientemente La revolución malograda: El correato por dentro, texto que aborda la transformación ideológica del gobierno del expresidente Rafael Correa. Otra periodista, Gabriela Verdezoto Landívar, se puso a dialogar con ellas para saber los pormenores de la obra y, con ello, su manera de realizar crónica investigativa.

«Se escribe con los restos y no con los grandes discursos».
ARIANA HARWICZ

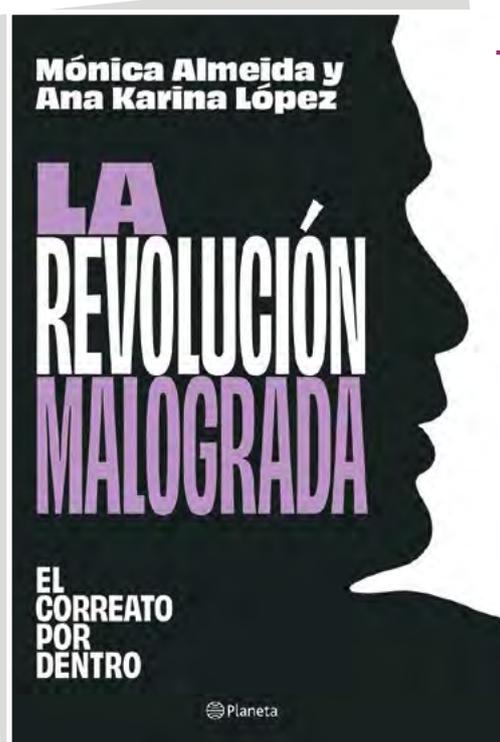
— **E**sto no es un informe.
— Ni los políticos ni los periodistas son tan inteligentes como parecen.

Es un viernes caluroso entre tantos días de lluvia. Son las 11:30 de la mañana. Mónica Almeida y Ana Karina López están sentadas en una sala luminosa, delicada, relajante y cuidadosamente decorada de una casa en el centro norte de Quito.

Sonríen. Están contentas. Son dos reconocidas periodistas ecuatorianas con muchos años de trayectoria. Mónica obtuvo, junto con Paúl Mena, el máximo reconocimiento al periodismo ecuatoriano: el Premio Eugenio Espejo de la Unión Nacional de Periodistas 2022 por una relevante investigación sobre un caso de corrupción.

Ana Karina es editora, socia fundadora de Fundamedios y también ha sido galardonada, en varias ocasiones, con el Premio de Periodismo Jorge Mantilla de diario *El Comercio*.

Una semana atrás fue el lanzamiento oficial de su segunda obra, *La revolución malograda: El correato por dentro*, en la Feria Internacional del Libro de Bogotá, junto a la reconocida perio-





dista Juanita León, quien dijo que el libro elevó la crónica política «a otro nivel».

Orgullo.

Están llenas de entrevistas, invitaciones y gestiones porque la semana siguiente presentarán el libro en la capital, en la UASB-E, pero en esa sala de paredes blancas y vestidas con arte, se disimula el estrés y el apuro.

La revolución malograda: El correato por dentro es un libro de diez crónicas en las que prima el relato que esconde los miles de documentos y las centenas de entrevistas que coparon las horas de Ana Karina y Mónica durante cuatro años.

Leila Guerriero dice que escribir es como boxear. Estas dos periodistas lo confirman. Las primeras líneas de cada capítulo te hacen *punch* y luego te impiden dejar de leer hasta terminarlo. El libro daría para una serie de Netflix.

Risas.

—¿Lo pensaron así desde el inicio? ¿Fue saliendo en el proceso de la escritura?

—Ambas cosas —responde de inmediato Ana Karina.

—Estamos convencidas de que este tema no es fácil, porque es política, y hay cosas que de otra manera a la gente no le interesa saber —confirma Mónica—. Entonces, desde el inicio nos planteamos no hacer algún tipo de informe. Quisimos darle duro al relato, trabajarlo, ir viendo las escenas importantes en tal y tal momento y en tal capítulo.

Es un libro de política que utiliza las herramientas de la literatura: escenas, personajes, saltos en el tiempo, suspenso, ironías, grandes inicios y finales. Son crónicas del poder, de cómo se controla el poder, de cómo se lo puede perder.

La obra es una conjunción de la frialdad de millones de datos con la belleza de la palabra.

—Tuvimos la base del primer libro —Ana Karina se refiere al título *El séptimo Rafael*, la biografía no autorizada del expresidente Correa—. Sabíamos que nosotras queríamos contar historias que a veces son difíciles de leer.

“

Leila Guerriero dice que escribir es como boxear. Estas dos periodistas lo confirman. Las primeras líneas de cada capítulo te hacen *punch* y luego te impiden dejar de leer hasta terminarlo. El libro daría para una serie de Netflix.”

Buscamos hacer el trabajo en ese sentido. En el proceso hubo dos partes: la primera fue encontrar la estructura misma del libro. El dar mil vueltas para responder qué ponemos y cómo lo ponemos. Luego, cuando ya teníamos cada capítulo nos íbamos preguntando: «¿Yo leería esto? ¿Me interesa a mí leer esto?». Durante la escritura nos pasó varias veces que decíamos: «Esto está muy aburrido»; «esto está muy pesado»; «cortemos». Entre las dos nos fuimos editando.

—Entre las dos nos fuimos editando —confirma Mónica.

Ana Karina insiste en que se enfocaron mucho en preguntarse: «¿Por qué lees un artículo hasta el final?» Mónica explica qué implicó esto.

—Sí, hicimos especial esfuerzo en eso, en enganchar. Sin caer en el amarillismo, sin exagerar, pero sabiendo qué contar. Escogiendo y aceptando que «esto se puede decir en tres líneas y no en cinco párrafos».

“

Hicimos especial esfuerzo en eso, en enganchar. Sin caer en el amarillismo, sin exagerar, pero sabiendo qué contar.”

—Además, parece difícil este trabajo de edición con tanta información. ¿Cuántos documentos trabajaron?

Ríen, a carcajadas, de emoción, de nervios.

Mónica es contundente: «Bastantísimos». Y explica un caso:

“
La historia era fantástica y justo ayer recordaba que para esa versión hicimos por lo menos once llamadas, y confirmamos que el hecho no ocurrió así.

”

—A ver, pongo un ejemplo: para el capítulo de Cancillería, nos bajamos toda la información de esta institución de esos años para poder comparar el número de empleados y el presupuesto. Nos bajamos todos los informes de Contraloría relacionados con Cancillería. Y, luego, del Ministerio de Finanzas, recopilamos todos los presupuestos anuales.

—Entrevistamos a 252 personas —detalla Ana Karina—. Leímos atentamente miles de documentos, pero, además, para rehacer varias historias tuvimos que recurrir a las líneas de Twitter y Facebook de ciertos actores; lo mismo con videos de YouTube, marcando minuto a minuto, y videos de la Asamblea.

—¡Las 108 actas de la Constituyente! —suelta Mónica a partir del inventario de esos cuatro años de trabajo que estaba rehaciendo en su cabeza—. Por nuestra experiencia sabíamos por dónde ir. Si estábamos trabajando el capítulo de los militares, ya sabíamos que necesitábamos esto y eso. Así se fue armando la estructura.

—Hay momentos que manejan cinematográficamente. Nos llevan al Pleno de la Asamblea y luego vemos a Patricia Ochoa (viuda de Gabela) en la cocina. Se mueven en varios planos visuales. Hay muchos detalles.

—Es que eso te cuentan los documentos —dice Ana Karina, y comparte dos anécdotas que tuvieron durante el reporteo y en la elección de las escenas—. Entrevistamos a alguien que no nos quería mentir. Pero la memoria es traicionera. Entonces debíamos contrastar el tema. La historia era fantástica y justo ayer recordaba que para esa versión hicimos por lo menos once llamadas, y confirmamos que el hecho no ocurrió así. Y no era que él nos quisiera mentir, pero tenía esa versión en su cabeza.

Mónica confirma que estaban tan apegadas a la realidad que, por más interesante que sonara, no podían contar algo que no había sido así.

La otra anécdota tuvo que ver con versiones que no coincidían con los documentos. Para el análisis de la Asamblea Constituyente, Mónica se bajó todas las actas. En un acta decía algo que era un poco inverosímil.

—El último día de la Constituyente estaban todos trasnochados y no podía ser que tuvieran un minuto de una sesión a otra para revisar el texto que faltaba, además de los tres minutos para participar, y que encima se lanzaran a leer las treinta y pico páginas del informe de la Comisión de la Corrupción, más los 500 artículos de la potencial nueva Constitución.

Ana Karina dice que de inmediato pensaron «Aquí algo no calza» y ellas querían estar muy seguras, ser certeras.

—Eso es parte del olfato periodístico.

—Exacto. Entonces entramos a YouTube y vimos que no fue así. Revisamos toda la sesión final de la Constituyente.



La gente no se acuerda, son demasiados años para que nos dieran el dato preciso. Al ir al video encontramos que en realidad nunca se leyó ni el informe ni la Constitución —dice Mónica—. Ahí vimos que no sucedió lo que decía un documento y el relato oficial.

El primer libro de las dos periodistas se llama *El séptimo Rafael* y nadie quiso publicarlo. Mónica y Ana Karina tuvieron que crear su propio sello editorial. Aprender de cero sobre el proceso de publicación, llevar las cajas de libros a cada presentación. Ana Karina terminaba su tesis. Mónica trabajaba en *El Universo*. Lo que les sorprendió es que la gente les comenzó a pedir la segunda parte. Lo recuerdan entre carcajadas.

Ahí decidieron escribir, siendo muy prolijas con los datos, acerca de los diez años del correísmo.

—No es una segunda parte del primer libro —aclara con fuerza Mónica—. Ese fue un perfil, un quién. Ahora es cómo se hicieron del poder. En *El séptimo Rafael* llegamos hasta 2009. No fuimos más allá. Nos metíamos con el 30S y nos íbamos a Latacunga —suelta, divertida.

La sala se llena de risas.

Ahora había que contar la historia del poder. Cómo se alzaron del poder y qué les sucedió a ellos también. El objetivo, aseguran las autoras, es mostrar cómo a lo largo de la década fueron cambiando las cosas y cómo fueron cambiando ellos mismos, los participantes de la revolución ciudadana.

—El poder lo hacen los hombres y las mujeres. En esos diez años más los hombres, le duela a quien le duela —afirma Ana Karina—, y mientras investigamos fuimos viendo cómo el poder afecta el carácter de las personas, la suerte, la posibilidad de adaptarte a ciertas situaciones, participar de ciertas situaciones,



©flickr.com/casamerica

“

Mientras investigamos fuimos viendo cómo el poder afecta el carácter de las personas, la suerte, la posibilidad de adaptarte a ciertas situaciones, participar de ciertas situaciones, mejorarlas o empeorarlas. Todo el libro es sobre personas. ”

mejorarlas o empeorarlas. Todo el libro es sobre personas.

—Siento que es un periodismo narrativo que abre una puerta e invita a los periodistas ecuatorianos a la escritura de más largo aliento. Por ejemplo, citan a Juan Villoro dos veces en dos epígrafes —les digo.

Me hacen directamente *fact checking*.

—¿Cuáles dos?

—Solo una. Bueno, un epígrafe y en la introducción.

Estas mujeres muestran que la prolijidad es su máxima prioridad.

—¿En qué lo citamos?

—En el capítulo del petróleo.

—No, en el del narcotráfico

Las colegas y amigas siguen conversando.

—De hecho, en Bogotá le entregaste un libro al mismo Juan Villoro, ¿verdad? —pregunto a Mónica.

Ellas ríen.

Los libros todavía no llegaban a Ecuador, y tuve que pedirles a las mismas autoras que me prestaran uno para leerlo antes de esta entrevista, que más bien fue una fascinante conversación. Cada una tenía un solo ejemplar. Mónica le regaló el suyo a Villoro y yo fui a retirar el de Ana Karina para leerlo sin poder subrayar una sola palabra.

—Siento que en este libro hay un bagaje literario y no solo periodístico. Entran en ese debate entre lo que es literatura y periodismo y si esas dos orillas se pueden mezclar para hacer un producto literario.

—Siempre, siempre, siempre, aunque sea uno de tus profesores de periodismo, te dirá «¡Tienen que leer mucho!» —resalta Mónica.

—¿Qué libros están detrás de este?

—Ensayos políticos, por ejemplo: *Cómo mueren las democracias*, de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt. *Anatomía de un instante*, de Javier Cercas. Leímos sobre caudillos durante más de un año. A mí me impresionaron dos: la historia de un abogado recién graduado alemán de los años treinta que vivía en Berlín y vio cómo llegaron los nazis. El joven hizo un concurso para ser juez y atestiguó lo que pasaba. El protagonista va contando cómo es eso

de tener el control a través de ciertos métodos. Cómo se va creando la burocracia y esa especie de «nosotros somos un grupo», «nos debemos al partido», «fidelidad para el líder». Fue súper interesante esa lectura, sin decir que Correa es Hitler, sino que entendimos cómo se crean estas estructuras de poder. Las obras de Shakespeare, que tanto tienen que ver con el poder. *1984*, de Orwell, que muestra cómo un partido se va metiendo en las entrañas de una sociedad. Aunque aquí no lo lograron. *Conversación en la Catedral*, del Vargas Llosa de los cincuenta, pero no deja de ser tan actual. Y *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez, claro.

Así recorrieron Mónica y Ana Karina los fantasmas de este nuevo libro.

—¿Les pasó eso de preguntarse a qué rato debían dejar de escribir?

—Hay momentos en que nos desesperamos. Otras veces sufrimos. No sé si te pasa lo mismo, Mónica, pero yo veo para atrás y siento que, a pesar de todo, nos divertimos un montón. Cuando escribes un libro puedes hacer un periodismo total que te lleva por miles de caminos que, por espacio y tiempo, no se pueden seguir en los medios y en el día a día. El libro te permite explorar más allá de todas las cosas. Yo te puedo decir que desde que empecé como reportera siempre quise hacer notas legibles, entretenidas y que te explicaran el porqué de las cosas. Así sea un cuadradito.

“

Yo te puedo decir que desde que empecé como reportera siempre quise hacer notas legibles, entretenidas y que te explicaran el porqué de las cosas. ”

—Es decir, ¿ya tenían alma de cronistas?

—Pero es que todo periodista cuenta historias—dice Mónica—. Lo que pasa es que, a veces, yo sí creo que depende mucho de tu editor.

—... De si este te motiva o te entierra.

—Exacto. Te puede decir: «Qué chévere, salimos del día y el fin de semana lo haces».



Karina sale a la otra esquina de cuadrilátero.

—Pero también está el otro lado, te digo como editora: los periodistas que se creen que concibieron una obra de arte porque te hicieron una mesita muy adornada, pero que no sirve de nada porque no tiene información. O el caso de chicos que salen inspirados y que de una quieren ser Leila Guerriero.

—Además, somos vieja escuela. ¿Tú empezaste en la ciudad? —pregunta Mónica.

—Sí, con Consuelo Guerrero —confirma Karina.

—Yo comencé en el diario *Hoy*, regional Guayaquil, donde había un jefe y dos reporteros. Entonces, te tocaba la penitenciaría, Febres Cordero, Torbay o el incendio de la Casa de la Cultura. Te tocaba de todo —recuerda Mónica y repite—: Somos un poco esa vieja escuela. La gran prensa llega a ser sucesos porque esa es la escuela de la vida, ¡la escuela de la historia!

El sol se iba yendo por una ventana que había en alguno de los techos, pero las carcajadas iluminaron de nuevo las paredes guapas.

EL EJERCICIO DE LA MEMORIA Y RAPEAR CON EL DISCURSO OFICIAL

Es sabido que entre los raperos se hacen afrentas. El poder siempre intenta mantener su narrativa y en esa guerra hay quienes quieren contar lo que se ve por las rendijas de esos discursos cerrados.

Mónica y Ana insisten en que uno de los motivos principales que les motivó a escribir *La revolución malograda* fue crear memoria.

—Ojo, no es echar la culpa a los correatos ni a nadie, sino saber que lo que nos está pasando viene desde hace mucho tiempo —dice Mónica.

—Creen que habrá personas que piensen: «Pero ¿por qué no sueltan al correato? ¿Es que acaso tienen alguna obsesión?».

—Los correístas seguro van a decir eso —dicen casi al unísono.

—¿Y cuál sería la respuesta?

—Ana Karina y yo nos planteamos no dejar que ellos inscribieran su relato en piedra. ¿Por qué? Porque tenían todo su aparataje de propaganda, sus granjas de *trolls*. Entonces, nos propusimos que el libro fuera una manera humilde de combatir el aparataje de películas, de videos y de Twitter, sobre su propia historia, sobre su épica de poder. Y lo que nos sucedió es que de esta manera estamos contando no solo la historia del correato, sino de por qué llegamos a donde llegamos y por qué sucedieron las cosas que sucedieron.

Alguien me hizo una reflexión: «¿Te has dado cuenta de que ellos no han creado un relato en formato libro?». Ellos han creado videos, la política, la democracia, porque están basados en el *marketing* y no en una reflexión sobre la política, sobre el poder. Y eso es una cosa contra la que estamos luchando.

—Cuando sacamos la biografía no autorizada de Correa, a Mónica y a mí nos dijeron «Ellos ya van a sacar la suya». Hasta ahora estamos esperando.

—¿Por qué la «malograda»?

—Lo de la malograda nos salió después de pensar días en el título. Su membrete es la revolución y la idea era mirar qué pasó en esa revolución. Contamos que el afán de control y el autoritarismo les obnubiló —asegura Mónica e insiste—: por ejemplo, se empezó a perder el consenso o dizque consenso que había con el buró político. En el capítulo electoral ya el eufemismo del buró político se perdió. Era solo él (Rafael Correa) quien tomaba las decisiones.

—Él botó a casi todos sus amigos de izquierda —recuerda Ana Karina.

—Correa se fue alejando de la izquierda, aunque llegó con esa agenda ideológica —explica Mónica—. No era militante y poco a poco se fue separando. Entonces, esto es lo que vamos contando a través del libro, en cada capítulo: cómo ese fervor político inicial se fue

“

Porque como tenían el dinero del petróleo, ¡todo era posible! O sea, si te gastas un millón de dólares en una propaganda tú dices «¡Wow! la plata les sobraba». Eso hizo que se cayera en un círculo vicioso y comenzara un endeudamiento para seguir soportando el aparataje. En nuestra investigación fuimos anotando todas estas cosas y dijimos «Se malogró».

”

perdiendo, para dar paso a este grupo de gente acólita, a este señor súper autoritario y, luego, a esta gente manirrota. Porque como tenían el dinero del petróleo, ¡todo era posible! O sea, si te gastas un millón de dólares en una propaganda tú dices «¡Wow! la plata les sobraba». Eso hizo que se cayera en un círculo vicioso y comenzara un endeudamiento para seguir soportando el aparataje. En nuestra investigación fuimos anotando todas estas cosas y dijimos: «Se malogró».

—Cuando ellos llegaron al poder, yo sigo pensando que fue de buena fe —reflexiona Ana Karina—. Llegaron con unos análisis súper bien hechos de todas las universidades y de pronto los aplicaron en el Plan Nacional de Desarrollo, pero para hacerlo necesitaban mucha plata. Al final terminaron dando una vuelta de 360 grados y volvieron al Ecuador de antes de ellos, con los mismos problemas. Por ejemplo, al inicio del período se habló muy claramente de descentralización, después se contradijeron diciendo que la descentralización era un concepto de la derecha y volvimos a un Estado centralizado. Eso pasó en varios ámbitos.

—Otro de nuestros lemas fue: «Este libro no será un informe, ni tampoco un panfleto» —sentencia Mónica.

—Ellos querían controlar su relato y es lo que hicieron. Nosotros miramos años después e intentamos contrarrestar eso —dice Ana Karina.

Les quedan pocos minutos porque deben salir a otra entrevista. Se van alistando para enfrentar ese calor sofocante de viernes.

—En el libro se ve una historia de fracasos.

—Pero que fueron promocionados como una sucesión de éxitos. Quien maneja el relato tiene una ventaja: presenta fracasos como victorias.

—En el libro se siente que hubo muchos errores, que luego a Correa no le decían algunas cosas.

—Si insultas y gritas, así como gritaba en las sabatinas y a sus ministros, empiezan a no contarte las cosas, sino que más bien te las esconden un poco para que no les caigas o no les botes.

—¿Les dio miedo escribir esto?

—Todo el tiempo —dice Ana Karina.

—No sabemos qué nos va a pasar —afirma Mónica.

Recuerdan que con el primer libro tuvieron miedo, pero el correísmo las ignoró.

—Ahora no sabemos qué nos va a pasar.

—¿Cómo lidian con su vida familiar?

—Ya están acostumbrados. Además, ya saben que no deben preguntar mucho porque no les vamos a contar. Y siempre tomamos medidas de precaución.

—Nunca nos mandamos los textos por correo. No hablamos por celular, tenemos chat encriptado y tenemos mucho cuidado.

La mamá de Karina se enteró una semana después del lanzamiento de *El séptimo Rafael*.

—Recuerdo que nos reuníamos y nuestras familias nos preguntaban: «¿Qué están haciendo?».

—¿Y qué les respondían?

—Nada.

